

## CANTO TERCERO.

Donde se trata de la entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cuicas, los grandes recuentos que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se pobló la ciudad de Trujillo que allí se fundó.

Muy grandes hechos han acontecido  
En las jornadas hechas desde Coro,  
Indignas de cubrirse con olvido,  
Antes muy dignas del febeo coro;  
Mas estos, por faltales el ruido,  
Estruendo y estampida que da el oro,  
Hanse quedado todos encubiertos  
En los mismos sepulcros de los muertos.

Y si de Indias tracta coronista,  
Donde le dan olores de pobreza  
Pasa de largo sin volver la vista,  
Y para donde halla mas riqueza  
Allí le da tal gusto la conquista,  
Que tiene tractar otras por bajeza,  
Como quiera, lector, que en hechos buenos  
Las otras fueron mas antes que menos.

Ya que las ricas tengan gran altura,  
Las pobres no se queden por los llanos,  
Que también merecieron escritura  
Las fuerzas y el valor de fuertes manos;  
Pues aunque les faltó rica ventura,  
No les faltaron hechos soberanos;  
Y si ricos defienden sus alhajas,  
Los pobres no se duermen en las pajas.

Antes conozco de los naturales  
Con quien tractamos en indiana tierra,  
Que cuanto son mas ricos sus caudales  
Tanto son menos dados á la guerra:  
Los pobres son guerreros principales  
De quien todo regalo se destierra,  
Y juzgan ser su bienaventuranza  
La venenosa flecha, dardo, lanza.

Nunca precieron oro fuertes scitas,  
Mas no por eso fué flaco su tiro,  
Antes venciendo gentes infinitas  
Siempre quedaron libres de suspiro:  
Grandes victorias suyas hay escritas,  
Sin escaparseles Dario ni Ciro;  
Ansí que, no deshace la pobreza  
Al buen brio que dió naturaleza.

Tales son ciertamente los cuicas  
Donde entra Diego Ruiz de Vallejo,  
A la fama y olor de tierras ricas,  
Con ánimo mas grande que aparejo;  
Mas la riqueza fué flechas y picas,  
En que se suelen ver como en espejo  
Sus soldados serían hasta treinta,  
Pero personas todas de gran cuenta.

Porque por otras gentes y naciones  
Andaban españoles repartidos,  
Y en estas coyunturas y sazones  
No pudieran ser mas apercebidos:  
Son veinte de caballo, diez peones,  
Entre los valerosos escogidos,  
Y tales que en valor y en experiencia  
Se conocia poca diferencia.

Pues que podían bien probar la mano  
En el mayor rigor y donde quiera:  
Van Luis de Narvaez y Antillano,  
No por parte menor de la bandera,  
Barrios, Diego de Ortega, Trujillano,  
Peralvarez y Vasco de Mosquera;  
Va Joan de Salamanca, va Miranda,  
Fernando de Madrid, no lanza blanda.

Sus claros resplandores estendia  
Apolo ya por el octavo sino,  
Cuando la valerosa compañía  
En concierto se puso y en camino:  
Apercebidos van de buena guía  
Los soldados del campo peregrino,  
Y con la pretension de sus provechos  
Al valle de Carache van derechos.

Donde todos sus llanos y collados  
Ocupaba crecida muchedumbre;  
Los indios se mostraron alterados,  
Viendo lo que no tienen de costumbre:  
Vienen para romper determinados,  
Representando grande pesadumbre,  
Porque les pareció ser insolencia  
Osar llegar allí sin su licencia.

Vallejo, con las lenguas que llevaba,  
Antes que la contienda comenzasen,  
Con amorosa paz los convidaba,  
Rogando siempre que se reportasen;  
Pero por mucho que los ablandaba  
Fué poca parte para que dejasen  
De mostrar claramente por los hechos  
La furia que traían en los pechos.

Remitiendo las paces á las manos,  
Armadas de durisimos arpones;  
Y así los caballeros castellanos  
Rompen por los espesos escuadrones  
Van trasapando hierros inhumanos  
Humanos y mortales corazones,  
Aquellos van picando y estos huellan,  
Unos encuentran y otros atropellan.

Vuélvese acá y allá la dura rienda,  
No sin grave dolor y duro llanto;  
Enciéndose mortífera contienda,  
La grita y el ruido suena tanto,  
Que no hablan palabra que se entienda;  
Nació del alboroto gran espanto,  
Pues al indio difícil se hacia  
Lo que por cosa fácil presumia.

Juzgando luego por el aparencia  
Ser los pocos de muy poco momento;  
Pero vista la grande resistencia  
Y en daño suyo caso tan sangriento,  
Determinaron de hacer ausencia  
Para volver con otro fundamento:  
Dos caballos hirió contraria mano,  
Mas el restante todo quedó sano.

Como varones diestros en la guerra  
Todos ellos se dieron buenas mañas;  
Mas Diego de Vallejo desencierra  
De su brazo grandisimas hazañas,  
Por atemorizar toda la tierra  
Do pensaba plantar nuevas cabañas;  
Y así todas las gentes del terreno  
Tuvieron por entonces algun freno.

La rota de Carache y el estruendo  
Va con la muchedumbre de pregones  
Por Boconó y Aborrenzais corriendo,  
Valles de generosas poblaciones;  
Los nuestros ansimismo van siguiendo  
El fin de sus primeras intenciones,  
Por reducir á paz la gente armada,  
Y así con Boconó fué celebrada.

La cual á nuestras gentes peregrinas  
Hizo guardar Vallejo muy de veras;  
Allí les presentaron mantellinas  
O mantas de algodón algo groseras,  
Y allí también se descubrieron minas  
De lo de Venezuela las primeras;  
Mas oro no les dieron en presente,  
Por no caber en uso desta gente.

Mas traían noticia desde Coro,  
Aunque eran muchas leguas de distancia,  
Que *cay* allí queria decir oro,  
Y que dello tienen abundancia;  
Pero los indios tenían por tesoro  
Otra cosa de menos importancia;  
A que llamaban *cay*, y es el guitero,  
Cuentas que tratan ellos por dinero.

Conchas ó huesos son como las partas,  
Y así cuando Vallejo les pedia  
El *cay*, que pocas gentes hace hartas,  
El indio con quien habla le traía  
De cuentas de guitero grandes sargas,  
Por la mas alta cosa que tenía;  
Alguno tan menudo, que se mira  
Como la minutísima chaquirá.

Esta muestra les dió poco contento,  
Segun la gran noticia que traían;  
Mas ocurrioles á su pensamiento  
Riquísima noticia que tenían  
De un universal ofrecimiento,  
Donde diversas gentes acudian,  
Y parecíales ser necesario  
El descubrir aqueste santuario.

Icaque se decía, y era diosa  
Que de bulto tenían retractada  
En casa de tres naves espaciosa,  
De grandes y menores frecuentada;  
Haciase fiesta generosa  
(A tiempos y por días) señalada,  
Donde sacrificaban gentes vivas,  
O de sus naturales ó captivas.

El sacerdote destes ministerios  
Entonces era Toy, gran hechicero,  
El cual interpretaba los misterios  
Y sucesos del tiempo venidero,  
Ansí de honras como vituperios:  
Como mas principal del falso clero  
Aqueste procuraron los cristianos  
Haber por todas vias á las manos.

Para que sus intentos ejecute,  
Procuraron traer á su sentencia  
Un indio principal, dicho Combute,  
Que con Carache tiene competencia;  
Aqueste, sin temor que se le impute  
El tracto destas cosas á demencia,  
De buena voluntad sirvió de guía  
A la ciudad que Escugue se decía.

Las casas de grandeza tan pujante,  
Tantas y por tal orden y concierto,  
Que no se vído cosa semejante  
En cuanto por allí se ha descubierto:  
Los indios les mostraron buen semblante,  
Sin muestra de guerrero desconcierto;  
Y allí tuvo Combute tal cuidado,  
Que luego vino Toy á su llamado.

El Vallejo le dijo: «Caro padre,  
Sabed, pues vos estáis en su servicio,  
Icaque la gran diosa ser mi madre,  
De quien recibo grande beneficio;  
E yo querría, porque mas os cuadre,  
En su templo hacelle sacrificio:  
Por tanto, pues aquí ninguno osa,  
Vos me llevad á ver tan grande diosa.»

El dicho sacerdote, con recelo  
De robos ó quizá de ver que yerra,  
Esclama: «No holles el santo suelo,  
Mirá que os tragará luego la tierra,  
Sin que quede de vos un solo pelo,  
Y temblarán los llanos y la sierra:  
Dadme lo que queréis dejar por prenda  
Para que haga yo la tal ofrenda.»

«Sacerdote só yo de quien se fie  
Lo que puede tocar á tal cuidado,  
Mas respondiéronle que no porfie,  
Pues su devanear es escusado:  
Finalmente hicieron que los guie  
Por fuerza harto mas que por su grado;  
La gente que hallaron es inmensa,  
En armas puesta para su defensa.

Y como viesan ya la guaca cierta,  
Sin recelar sucesos venideros,  
Arronjóse Vallejo por la puerta  
Y tras él diez ó doce compañeros;  
Los otros estuvieron muy alerta,  
A fin de resistir á los flecheros;  
Los indios estuvieron en espera,  
Creuyendo que la tierra los sorbiera.

El esperar aquesto los aplaca;  
Y el maese de campo y sus soldados,  
Después que se metieron por la guaca,  
Hombres humanos ven sacrificados,  
Tantos ídolos, tanta de petaca,  
Que todos se quedaron admirados,  
Pensando la riqueza ser tamaño  
Como la de Pirú y de Nueva-España.

T. IV.

Descubren de los ídolos los senos,  
Hechos de hilo, no sin sutileza;  
Donde suelen meter los dones buenos;  
Pero no remediaron su pobreza,  
Porque todos los mas estaban llenos  
De lo que allí tenían por riqueza;  
De manera que fué la fiesta toda  
Guitero, cuentas verdes y haroda.

Las petacas están llenas de huesos,  
Piedras de ijada, medicinal sajo;  
El oro fueron menos de cien pesos,  
Chagualas de guani, que es oro bajo:  
Vistos pues desta guaca los escesos,  
Vallejo con su gente se retrajo,  
Y del rescate dicho que tenía  
Tomaba cada cual lo que quería.

Después de concluidos los rigores  
Del templo do llegó cristiana lanza,  
Revolvieron á ver los moradores  
De Escugue, no sin mala confianza,  
Pero disimulando los temores  
Que nacían de ver tanta pujanza;  
Y así hallaron todas estas gentes  
De su primera vista diferentes.

Bien que caricias hartas sin provecho  
Y aplauso juntamente no faltaba;  
Mas era diferente lo del pecho  
Del ademán que fuera se mostraba,  
Para poder efectuar el hecho  
Que en daño de los nuestros redundaba;  
Pues no porque se callan los dolores  
Se hacen tolerables ni menores.

Antes la pena con silencio muestra  
El modo de vengarse corazones,  
Y suele ser destrísima maestra  
En fraudes, en cautelas y traiciones,  
Y á la mas torpe gente hace diestra  
En el ejecutar sus intenciones;  
Pero de la blandura contrahecha  
Agora se tomó mala sospecha.

Y así también el Diego de Vallejo,  
So color de no selles importuno,  
Sacó su gente del asiento viejo  
A lugar mas abierto y oportuno,  
Porque supiesen que de su consejo  
Tampoco se hallaba muy ayuno:  
Asentó media legua de distancia  
Velándose con toda vigilancia.

Como vió que tercera luz habia  
Pasado sin llegar inconveniente,  
Peralvarez con cierta compañía,  
Que fueron las dos partes desta gente,  
Con orden que volviesen otro día  
Fué para descubrir aquella frente;  
Y fué faltar en esta coyuntura  
Amenaza de grande desventura.

Pues con el nubló que la vista cierra  
De nocturnos vapores impedida,  
Contra diez se juntó toda la tierra,  
Multitud por allí jamás oída,  
Con todos instrumentos para guerra  
Mas que bastantemente proveída;  
Y con ser el ejército crecido  
Jamás se pudo percibir ruido.

El mismo capitán anda velando,  
Juntamente con él Diego de Ortega,  
Y en aquella sazón y tiempo, cuando  
La multitud de indios se congrega;  
Al Vallejo le están importunando  
Que pues ya huye la tiniebla ciega  
Quisiese dar por breves intervalos  
A los cansados ojos sus regalos.

El cual, como cansado se sentía  
Y convencido de tan justo ruego,  
Viendo venir también la luz del día,  
Bajóse por tomar algun sosiego;  
Y así la dicha vela se confía  
Del Ortega que fué rondando luego;  
Y el caballo, segun sus mañas viejas,  
Enhestó muchas veces las orejas.



Adonde las orejas mas inclina  
El caballo con vista vigilante,  
El Ortega sus pasos encamina  
Para ver lo que tiene por delante;  
Y luego claramente determina  
Ser gente del lugar poco distante;  
Aprieta las espuelas de improviso  
Para dar no sin voces el aviso.

El maese de campo y los soldados  
De sueños descuidados muy ajenos,  
En el instante salen bien armados,  
Las lanzas en las manos y los frenos:  
Que los caballos tienen ensillados  
Durante las tinieblas y serenos;  
Y por ser el negocio de repente,  
El Vallejo les dijo brevemente:

«Señores, ya la cosa va rompida:  
Cumplamos con aquello que debemos,  
Porque demás de defender la vida  
En la desproporcion destes extremos,  
Honra de tantos años adquirida  
Nada vale si agora la perdemos;  
Y si aquella traéis á la memoria  
Certísima hareis esta victoria.

» Si veis lo que vencistes con el asta,  
Con enfermedad, hambre, pesadumbre,  
Y lo que tan cruel y baja casta  
Cuando le pican tiene de costumbre,  
No digo yo los diez, mas uno basta  
Para tan increíble muchedumbre,  
Y mas, bendito Dios, estando sanos  
Y los caballos gordos y lozanos.

» Diestros estamos bien en el oficio  
Pues el menor se halla mas entero;  
Ninguno de nosotros es novicio  
Ni suele recelar encuentro fiero:  
Solo quiero decir que en el bullicio  
Cada cual mire por su compañero,  
Y en el cambiar y menear la lanza  
Ninguno tenga loca confianza.

» Vea por el lugar por donde fuere  
Aquello que le puede ser embargo;  
La lanza no repose do hiriere,  
Sino con el picar pasar de largo;  
Y si la mano del gandul asiere,  
Que suele con mortifero letargo,  
Apretalda debajo del sobaco,  
Y pasad sin hacer el curso flaco.

» Porque desta manera se subyeta  
La fuerza mas feroz y mas crecida;  
Cualquiera de nosotros acometa  
Con peso, con razon y con medida,  
Porque por un descuido no se meta  
Donde halle dudosa la salida,  
Pues en negocio de tan gran momento  
Requíerese tener conocimiento.

No se le dió lugar á mas razones,  
Porque ya los venian rodeando  
Soberbios y feroces escuadrones  
Que cielo y tierra van amenazando:  
Tiemblan los mas quietos corazones,  
Cuanto mas los que estaban esperando,  
Viendo por estos campos y lugares  
Para cada varon cuatro millares.

El clarísimo rostro del aurora  
A los mortales era ya patente,  
Y la febea luz en esta hora  
Manifestaba su dorada frente,  
Cuando con voz y grita mal sonora  
Vieron el gran tumulto de la gente:  
Son tantos para tan breve conquista  
Que no los puede comprender la vista.

No tantas hojas selva montuosa  
Tiende por su compás en el verano,  
No tantas olas mar tempestuosa  
Levanta con la fuerza del solano,  
Cuanto vienen con mano poderosa  
Contra tan breve número cristiano;  
No tantas yerbas hay en las zavas,  
Cuanto flechas y dardos y macanas.

Ocupaban los llanos y las abras  
De las cumbres por do vienen saltando,  
Como monteses y lascivas cabras  
De riscos asperísimos bajando:  
No se puede pintar bien con palabras  
La gran ferocidad que van mostrando  
El brioso furor, la torba cara,  
El meneo del arco y de la jara.

Cada cual con mil rayas y pinturas  
Pechos, brazos y rostros adereza,  
Haciéndoles mas fieras las figuras  
Mano de la mujer ó la combleza:  
De plumas largas son las coberturas  
Con que todos adornan la cabeza,  
Que con el movimiento y aire blando  
Van por robustos hombros ondeando.

Carache muestra grandes alborotos,  
Escugue representa su pujanza,  
La gran ferocidad de los timotos  
Amenazando va cristiana lanza:  
A Icaque todos ellos hacen votos  
De no volver sin aspera venganza;  
Ameruza venia diligente,  
Y Boconó llegó por consiguiente.

Aquestos se hallaron mas cercanos,  
Mas todos ellos ya cercanos eran;  
Húndense las alturas y los llanos  
Con voces que declaran «mueran, mueran!»  
Apréstanse las armas y las manos  
De los que vienen y de los que esperan;  
Vuelan agudos dardos, vuelan flechas  
Que contra los cristianos van derechas.

Muchas escuadras hay de picas gruesas,  
Negras como carbon, palo rollizo;  
Las hondas echan piedras tan espesas  
Como nubes grandes de granizo;  
Y para cumplimiento de promesas,  
Alguna de las muchas daño hizo,  
Pues las que fueron bien encaminadas  
Abollan morriones y celadas.

Las cuerdas de los arcos dan crujidos  
Tantos y con tal furia los escesos,  
Que semejaban á los estallidos  
Cuando se queman montes muy espesos;  
Y á no tener los brazos guarnecidos,  
Les cortaran las carnes y aun los huesos  
Las cuerdas, pero dan en parte hueca  
Con que va reparada la muñeca.

Los diez de la cristifera bandera,  
Insignes y fortísimos atletas,  
Tenian los caballos de manera  
Que por arremeter hacen corvetas;  
Y así sin recelar esta carrera  
Procuran apretar lanzas jinetas;  
Parten para hacer cruel estrago,  
Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»

Pensamiento no hay ni semejanza  
De querer escaparse con huida,  
En Dios solo poniendo y en su lanza  
La salud y remedio de su vida;  
Crece la crudelísima matanza;  
No para ni reposa la herida,  
Porque la lanza de menor provecho  
Traspasa muslo, vientre, brazo, pecho.

Gran multitud de sangre va corriendo  
Que despide hervor de tanta vena;  
Este queda mortal, aquel gimiendo,  
Otros dan vuelcos por aquel arena;  
El suelo con las tripas van bariendo  
Otros, cuya fatiga los refrena;  
Embisten todavía los cristianos  
A los que se mostraban mas lozanos.

Vuelan flechas y dardos, vuelan troncos  
Sobre los que les hacen el injuria,  
Y los brazos no son mancos ni broncos,  
Ni de crueles tiros hay penuria;  
De dar gritos y voces están roncros,  
Aumentase el dolor, crece la furia;  
Por consiguiente nuestros caballeros  
Mucho mas ensangrientan sus aceros.

Con sus caballos bien encubertados  
De faldas, ancas, pechos y testera,  
Rompen los escuadrones ordenados  
Para desordenalles la hilera;  
Y aunque de todas partes son picados,  
Cubiertas hacen que ninguno muera;  
Y el Diego de Vallejo mas brioso  
Rompió por escuadron mas peligroso.

De los que lo tenían rodeado  
Era tan numerosa la pujanza,  
Quel caballo cayó de muy cansado;  
Terrible piedra le quebró la lanza;  
El caballero suelto y alentado  
Luego se levantó para venganza,  
Y á la cruel espada puso mano  
No con menos valor que de romano.

Dentro lo tiene viva talanquera  
Que lo fatiga sin le dar reposo;  
Mas él muslos y brazos y mollera  
Cercena con su brazo vigoroso;  
Acude luego Vasco de Mosquera  
A hbrallo del trance riguroso,  
Juntamente con el Diego de Ortega,  
Y Luis de Narvaez luego llega.

Alli cobra gran fuerza la batalla  
Y enciende mas furor el Marte fiero;  
Alli la gente que no viste malla  
Ya no recela puntas del acero;  
Mas á pesar de toda la canalla  
Sacaron el caballo y caballero;  
El caballo huyó por el egido,  
Y él fué luego con otro socorrido.

Los unos toman el caballo vago,  
Otros al escuadron vuelven la frente  
Con voz y con favor de ¡Santiago!  
Admirados los indios grandemente  
De ver la gran matanza y el estrago  
Por tan pequeño número de gente;  
El Vallejo cebando mas la lanza  
Salió de su consejo y ordenanza.

Al tiempo que se daba mayor priesa,  
Procura gran tumulto rodeallo;  
Descarga dardo, flecha, piedra gruesa,  
Con esperanza cierta de matallo;  
Andaba la macana tan espesa  
Que le cayó también aquel caballo;  
El cansado rocin de si desecha  
Aprovechándose de su derecha.

Los golpes da según Aristomenes  
Cuando lacedemones mata y hiende,  
Rodeadas de jaculos las sienas  
De que celada fina lo defiende;  
Mas acudióle luego Joan Jimenez,  
Que sus atrevimientos reprehende,  
Y en el mismo momento le fué dado  
Otro caballo ya mas descansado.

En este tiempo de sucesos varios,  
Cinco varones de la gente blanca  
Tanta priesa les dan á los contrarios,  
Que por aquel cuartel vuelven el anca:  
Eran Madrid y Damian de Barrios,  
Y el valeroso Joan de Salamanca,  
Con Antillano y Pedro de Miranda,  
Ya victoriosos por aquella banda.

Por estotro cuartel no se dormian  
El Vallejo, Narvaez y Mosquera,  
Ortega y Joan Jimenez, que herian  
Con tan grande valor la gente fiera,  
Que de los grandes brios que traian  
Diminuyendo van en gran manera;  
Y cuanto mas van ellos alojando,  
Tanto mas los aprieta nuestro bando.

Quando mostraba ya febea cara  
Ser de su curso la mitad notoria,  
El sanguinoso campo desampara  
La gente que pensaba ganar gloria,  
Y por los españoles se declara  
La miraculosisima victoria:  
Que tal nombre podemos dalle cierto,  
Pues que ninguno dellos quedó muerto.

Siguen á los que buscan sus abrigos  
Ya de temor, sin béticos pertrechos;  
Prendieron señalados enemigos,  
Resfriada la furia de sus pechos;  
Hicieronse después ciertos castigos,  
Aunque debieran ya bastar los hechos;  
Y agora por tomar algun sosiego  
Para sus ranchos se volvieron luego.

Traian los caballos mal heridos,  
Con ir todos muy bien encubertados;  
Quitáronse las armas y vestidos  
Aquellos que se sienten lastimados;  
Halláronse los cuerpos denegridos  
De los terribles golpes y pesados;  
Mas ni con golpe grande ni herida  
Caballo ni español perdió la vida.

Porque demás de ser diestro su Marte  
En cualquiera beligerá presura,  
No deja de tener en esta parte  
El Diego de Vallejo gran ventura;  
Pues fué para quien sigue su estandarte  
Muy pocas veces necesaria cura:  
Es lo presente tan bastante prueba  
Que se puede contar por cosa nueva.

Estando pues los diez mas vigilantes  
Con atalayas fuera del asiento,  
Peralvarez llegó con los restantes,  
De que se recibió grande contento:  
Venian todos ellos ignorantes  
De tan prodigioso rompimiento;  
Porque de la gran fuerza de sus diestras  
Los montones de muertos daban muestras.

Entretuviéronse por algun dia  
En estas populosas vecindades;  
Mas viendo que el Orion les decia  
Venir sus pluviosas tempestades,  
Y la mano del Tauro descubria  
Las hermanas Virgílias ó Pleyades,  
Volverse pareció mas conveniente  
Para tornar allí con mas posible.

Pasadas del invierno las refriegas  
Y vueltos los calores del verano,  
Volvieron el Vallejo y el Villegas  
Con posibilidad de mayor mano:  
Subyectaron las cumbres y las vegas,  
Pero no se pobló pueblo cristiano;  
Mas en los rios y otras partes ciertas  
Dejaron minas de oro descubiertas.

Volviéronse al Tocuyo, do creian  
Traelles ya remedio de su pena,  
Pues la necesidad que padecian  
No podia llegar á ser mas llena;  
Pero también de lo que pretendian  
Llegó la compañía muy ajena;  
Y así por ser pesada su querella  
Buscan remedio para salir della.

Para dar orden á lo que refiero,  
Su gran necesidad sirvió de guia,  
Y fué de su remedio lo primero  
Darse todos á buena granjeria,  
Para poder sacar algun dinero  
De cosas que la tierra producía;  
E ya tenian en aquellos años  
De ganados allí buenos rebaños.

Determinaron pues de hacer saca  
A tierras de longísima distancia,  
Viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,  
Seria de grandísima ganancia,  
Si por los llanos, acia Guayama  
Cortando por aquella circunstancia  
Se pudiese hallar algun entrada  
A este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,  
Con soldados que trajo de buen tino,  
Y no pequeña copia de ganado,  
Procuró descubrir aquel camino;  
Y fué tan venturoso y acertado  
Que con gran brevedad al reino vino:  
Vendieron principal y multiplicos,  
Y á sus moradas se volvieron ricos.



Y aunque les pareció vender barato  
Segun suele quien usa mercancía,  
Algunos perseveran en el trato  
Y enriquecen con esta granjería;  
Y desde entonces se estampó contrato  
De que gozamos todos este día,  
Y dura y durará la compra y venta  
Que por aquel camino se frecuenta.

De manera, señor, que del regalo  
Que puede dar un territorio bueno,  
A los regaladísimo igualo  
Los hombres que poblaron aquel seno;  
Y el no hacello antes fué lo malo:  
Réstame pues decir deste terreno  
Los lugares poblados de presente,  
En un canto final y concluyente.

## CANTO CUARTO.

Donde se dicen los pueblos que hasta hoy conocemos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernación.

Buenos principios de conquista lleva,  
Y así serán los medios principales,  
Si el capitán que halla tierra nueva  
Asienta pueblos con sus oficiales,  
Y no se desbarata ni se ceba  
En solo destruir los naturales;  
Porque sin duda es este remanso  
Camino de riquezas y descanso.

Y así los pueblos en aquel partido,  
Por las contractaciones ser continas,  
Grandemente se han ennoblecido  
Con riquezas y gentes peregrinas;  
Y con los tales tractos han venido  
A sustentar esclavos en sus minas  
De oro, porque no se halla plata,  
Y su principio fué Bubuñata.

El pueblo de la costa de Oceano,  
Y tal el oro de su nacimiento,  
Que por ensaye consta que su grano  
Tiene de los quilates henchimiento:  
Perálvarez, caudillo baquinano,  
Fué fundador primero del asiento,  
Año de tres quinientos y cincuenta,  
Segun el uso de cristiana cuenta.

Y el de cincuenta y dos mas adelante  
Vió Damián de Barrios los Noaras,  
Y allí muestra de oro tan bastante,  
Que convino plantar sagradas aras  
En el río Buria circunstante,  
Que tú, nueva Segovia, desamparas,  
Pues por ser á dolencias subyeto  
Se pasaron á Barraquicimeto.

Donde faltaron las enfermedades  
Porque el asiento dél era mas sano,  
Mas no faltaron las calamidades  
Que ya dejamos dichas del tirano;  
También esclavos destas vecindades  
Antes se levantaron á su mano,  
Haciendo por los pueblos algun daño  
Por estar descuidados del engaño.

Ciento y cincuenta negros son de guerra,  
Gente feroz, bien puesta y arriscada,  
Y en áspera quebrada de la sierra  
Hicieron una fuerte palizada:  
Pusieron en temor toda la tierra  
Por ser la nuestra poca y apartada,  
Y cada cual guardaba sus asientos  
Esperando los negros por momentos.

Porque juraron rey solemnemente,  
Puestos en el lugar que les aplico:  
Aqueste fué Miguel, negro valiente,  
Criollo de San Joan de Puerto-Rico;  
Y el rey negro nombró lugar-teniente  
Creyendo ya valerle por su pico;  
Finalmente, solteros y casados  
Estaban todos atemorizados.

Mas al levantamiento se dió cura,  
Tal cual la suele dar lanza y espada,  
Por se hallar en esta coyuntura  
Gente del nuevo reino de Granada;  
Y llegar á tal tiempo fué ventura,  
Segun iba la cosa mal parada:  
Pero Rodriguez fué de Salamanca  
Con gente para guerra nada manca.

Y Cabrera de Sosa, varon dino  
De selle la fortuna favorable,  
La cual si se moviese por camino  
A sus merecimientos razonable,  
Ternia tan cansado peregrino  
Un precio de valor inestimable;  
Mas unos hacen honorosos hechos  
En Indias, y otros llevan los provechos.

Estos con otras gentes de sustancia  
Habian ido por comprar ganado  
Para poblar el campo y el estancia,  
Del reino que tenían conquistado;  
Pues como fuere hecho de importancia  
Subyectar el esclavo rebelado,  
Determinaron una y otra gente  
De deshacer aquel inconveniente.

Treinta fueron de gente bien cursada  
En desmallar las lorigadas redes,  
En animo y valor tan estremada  
Que pueden del vivir hacer mercedes;  
El valeroso Diego de Losada,  
Y allí Diego Garcia de Paredes,  
Valiente y esforzado caballero  
Y de paternas fuerzas heredero.

Por la gran aspereza del camino  
Todos iban á pié como romeros;  
Sirventos alpargates de rocino  
A los que son mas diestros caballeros;  
Bajan con el recato que convino  
Por asperisimos despenaderos;  
Mas antes de podelles ver la frente  
Adelantóse Diego de la Fuente.

Negro de quien en la primera parte  
Conté con grau verdad grandes hazanas,  
Pues en cualquier bandera y estandarte  
Acostumbró hacer cosas estrañas;  
Y agora sin favor de ajeno Marte  
Ansimismo se dió tan buenas mañas,  
Que trajo para guia del cercado  
Un poderoso negro maniatado.

Maravillóse nuestra compañía  
De ver tan á su salvo tan buen hecho,  
Porque segun lo que se pretendia,  
Fué para lo demás de gran provecho:  
El negro preso pues sirvió de guia  
Para llevar camino mas derecho,  
Hasta que ya tomaron la ribera  
Que de viciosas arboledas era.

Vieron aquellas playas blanqueando  
Con lienzos que tenían estendidos,  
Y cantidad de negras que lavando  
Estaban sus camisas y vestidos;  
Por algunos que están atalayando  
No pudieron dejar de ser sentidos,  
Y así dicen los que la vela tienen:  
«¡Arma, arma, que los barbudos vienen!»

Aquesta grita y alboroto dura  
Sin momento dejar intermitente;  
Tragos son de dolor y de amargura  
Viéndose salteados de repente:  
El español feroz luego procura  
De rodear el golpe de la gente,  
Porque negros que andaban divertidos  
A su palenque fueron recogidos.

En un ancon fuera de la quebrada  
Tenian bien compuesta su manida:  
Por la parte de tierra palizada  
Para se defender fortalecida;  
Por el arroyo va Peña tajada  
Que por ninguna parte da subida,  
Y el cercado tenían con dos puertas,  
Mas entrambas á dos están abiertas.

Sosa y Diego Garcia van delante,  
Ocupando primero la primera;  
Pasó Pedro Rodriguez mas avante  
Tomando la que cae mas afuera;  
Luego la demás gente litigante  
Acude donde mas menester era,  
Todos de sus escudos bien cubiertos  
Porque contrarios tiros vienen ciertos.

A causa de que bárbaros guerreros  
Estaban por de dentro y allí junto,  
Vieron al rey Miguel de los primeros,  
Miguel que de leon es un trasunto:  
Requerían nuestros caballeros  
Después que ya llegaron á tal punto:  
«Date, date, Miguel, de buena suerte,  
Si no quieres morir de mala muerte.»

El negro, «¡dar! oh! qué! les respondia:  
Es pensar eso necesidad notoria;  
Antes os digo ser aqueste dia  
Un dichoso principio de mi gloria.  
Use de semejante cobardia  
Quien no tiene por cierta la victoria:  
Yo no, yo no, que tengo buenas manos  
Para derramar sangre de cristianos.»

«¡Aquesas cotas y celadas finas  
Desbarán almocafres, que provechos  
Acostumbraban dar labrando minas;  
Mas ya quieren labrar humanos pechos  
Y romper las entrañas intestinas  
Enastados, agudos y derechos.»  
Luego con uno dellos hizo tiro  
Con fortaleza de sabino siro.

Y aun con aquel furor y de tal arte  
Que tiro de sulfurea candela,  
Pues que le traspasó de parte á parte  
Al buen Pero Rodriguez la rodela;  
Reparan al entrar del baluarte,  
Y cada cual del golpe se recela,  
Porque luego con increíble ira  
Y con las mismas fuerzas otro tira.

Y en un madero de los del cercado  
Entró la dura punta del cuchillo,  
No menos en el palo soterrado  
Que si fuera con golpes de martillo,  
Tanto que brazo muy aventajado  
Fué poca parte para desasillo;  
Ordénanse los otros en su plaza,  
Y cada uno dellos desembraza.

Comiézase la belicosa fiesta  
Que no piensa de sangre ser avara;  
Arma Diego de Escoreha la ballesta  
Que por blanco tomaba negra cara;  
En la cureña rasa tiene puesta  
Con acerado hierro diestra jara:  
Apunta como diestro ballestero  
Para hacer su tiro mas certero.

Aunque tiene delante mucha gente,  
Procura desarmar en el caudillo:  
La punteria fué tan excelente  
Que no le lastimó por el tobillo,  
Antes fué tal el golpe de la frente  
Que traspasó también el colodrillo:  
La vista de Miguel quedó perdida,  
Quedando perdidoso de la vida.

Faltando la malilla deste juego,  
Se jugaron después muy pocas manos,  
Porque por las dos puertas entran luego  
Con gran brio y valor nuestros hispanos:  
Muchos negros de si hacen entrego,  
Otros mueren allí como romanos;  
Finalmente, gozaron del trofeo  
Los nuestros, y partieron el rancho.

Regocijados de tan buen efecto  
Con los negros que vivos recogieron  
Se volvieron á Barraquicimeto  
Y á su nueva Segovia, do salieron;  
Cuyos vecinos libres del aprieto  
Con gran solemnidad los recibieron,  
Teniendo por negocio del momento  
El deshacer aquel encantamento.

Sucedidas aquestas cosas varias,  
Vino de buenas intenciones lleno  
Por su gobernador Alonso Arias  
De Villasinda, licenciado bueno.  
Las cosas de su tiempo son sumarias,  
Por ser de novedades muy ajeno:  
Murió, segun la cuenta verdadera,  
Por los cincuenta y siete de la era.

Quedaron por alcaldes dos ancianos  
En el Tocuyo, ciudad primera,  
El noble Joan Martin de Castellanos,  
Y el generoso Vasco de Mosquera:  
Estos por no tener ociosas manos  
Determinaron que saliese fuera  
A poblar los Cuicas compañía,  
Y por su capitán Diego Garcia.

El cual luego tomó gente de guerra,  
Cuyo valor allí no fué sencillo;  
Recibiólo de paz toda la tierra,  
Y pobló pueblo que llamó Trujillo:  
Sustentaban la paz llanos y sierra  
Obedeciendo todos al caudillo;  
Pero después por malos tractamientos  
Mudaron estos indios los intentos.

Tornáronse soberbios y lozanos,  
Sin tener reverencia ni respeto;  
Finalmente vinieron á las manos,  
Y desto se siguió tan mal efecto,  
Que consumieron diez y seis cristianos  
Y ponen los demás en gran aprieto,  
Los cuales viendo tal inconveniente  
Envían al Tocuyo por mas gente.

Al tiempo questa gente ya llegaba  
Con despachos y cartas de creencia,  
Gutierre de la Peña gobernaba  
Por provision de la real audiencia,  
El cual, segun las fuerzas alcanzaba,  
Apercibió con suma diligencia  
A cierta gente bien aderezada,  
Y fué con ella Diego de Losada.

Apaciguó la tierra circunstante,  
Cuya ferocidad andaba suelta,  
Pero mirando bien que la restante  
En no dar subyeccion está resuelta,  
Para traer ejército bastante  
Determinaron todos dar la vuelta,  
Pareciéndoles ser intentos locos  
Querer domar á muchos siendo pocos.

Después mandó Gutierre de la Peña  
A Francisco Ruiz, el cual porfia  
En subyectar la gente zabareña,  
Aunque con brevecilla compañía:  
En Escugue reforma su reseña,  
Y el pueblo que pobló Diego Garcia  
Con nombre que le dió siendo caudillo,  
Por ser el uno y otro de Trujillo.

Estando pues Ruiz desta manera  
Sin deslizar del primer estado,  
Después de tres quinientos de la era  
El de cincuenta y nueve comenzado,  
Vino gobernador de do se espera,  
Y aqueste se llamó Pablo Collado;  
El Paredes volvió luego á su cargo  
De los Cuicas con poder mas largo.

Diego Garcia, con la pesadumbre  
De que gente guerrera no carece,  
Hizo venir á paz y servidumbre  
Al que de mas defensa se guarnece,  
Volviendo su furor en mansedumbre,  
El cual dicho Trujillo permanece  
Con grande multitud de naturales,  
Y tiene granjerías principales.

Al fin el español ya se averigua  
Con ellos, con tener mayor potencia  
Que en sus principios tuvo Hacarigua.  
Hay poblada también nueva Valencia  
En terminos del lago Tacarigua,  
Tierra fértil en hechos y apariencia,  
Y en cuyos rios hay dorados granos  
Que sacan con esclavos los cristianos.